

The Beatles
en casa
del actor
Reginald
Owen, en
Los Angeles.



ALBERTA FERRETTI

BURBERRY PRORSUM

monísimas

EL INTENTO DE TRAER EL PASADO AL PRESENTE ES MUCHO MÁS QUE UN INOCENTE GUIÑO. Por *Silvia Alexandrowitch*

JIL SANDER

PRADA

VICTORIA BECKHAM

Acaba de salir «El sonido de los Beatles», un nuevo libro de memorias de la época de Abbey Road escrito por su ingeniero de grabación que recoge las pifadas y genialidades de los cuatro músicos mientras grababan, por ejemplo, el mítico «Sargeant Pepper's...». Como tantas veces, las apariciones de memorias y biografías, músicas y modas coinciden en el tiempo y con los tiempos, que, tal como están, procuran animarse con el buen rollito de otras épocas. Es lo que sucede con el «boom sixties» que resurge de las cenizas apenas apagadas del revival setentero. Si este último ha sido difícil de tragar por su sofisticación, colorido, estilismo y precios, el que viene se presenta más simple, puro, ingenuo y alegre. La mala leche de los Rolling Stones da paso metafórico a la gracia de los Beatles, así como las caras angulosas y serias son sustituidas de un plumazo por rostros de pestañas tiesas y bocas con morritos y dientes cuadrados porque a Twiggy y Jean Shrimpton, icónicas inspiradoras de muchas de las colecciones actuales, quieren parecerse las mujeres que viven la moda como una evasión de la realidad. Lo que, por otra parte, no es una mala idea.

«LOS TIEMPOS PROCURAN ANIMARSE CON EL BUEN ROLLITO DE OTRAS ÉPOCAS.»

Pero no es oro todo lo que reluce, ni inocencia todo lo que se percibe. Yo veo los cuadros a lo Mondrian de Prada no como un homenaje al famoso vestido de Yves Saint Laurent de 1965, sino como una concesión al «status» social de sus compradoras mucho más evidente que un mero logotipo y mucho más difícil de falsificar. Tampoco me parece que las colecciones de Loewe, Jil Sander y Calvin Klein Collection promuevan las líneas geométricas o redondas sin más intención que la de retornar al minimalismo juvenil de aquella década, porque sus propuestas se remontan en el fondo a las de Cristóbal Balenciaga y contienen tanta arquitectura invisible que la alegría sesentera, tan facilona, se desvanece ante la dificultad de llevar esta clase de elegancia austera pero rica con el mismo porte que el de las damas de aquella era. Lo tienen pues difícil quienes, acostumbradas a enseñar piernas, escote y abdomen por doquier, decidan pasarse a los volúmenes abstractos sin arriesgar su aura hipersexual. A menos, claro está, que elijan un

look de Burberry, Alberta Ferretti o Victoria Beckham, que también han interpretado el «prêt-à-porter» de los sesenta, pero de un modo mucho más literal. Sus colecciones sí serán imitadas, porque son monísimas. ■